



La biblioteca escondida

Mauro Alvaro Ramón



FONDO DE LA CULTURA DE MENDOZA
INSTITUTO PROVINCIAL DE LA CULTURA
GOBIERNO DE MENDOZA

©Mauro Ramón, 1998.
*Todos los derechos reservados.
La reproducción total o parcial
de esta obra queda sujeta
a la autorización previa del autor.*

Las cucarachas

Prendió la luz y espió detrás del vano de la puerta hacia la piecita abandonada. No era miedo, era asco lo que sentía cuando encontraba alguna de esas asquerosas cucarachas corriendo por la alfombra. Parecía que lo veían y se quedaban inmóviles, hasta que se acercaba y las perseguía con una revista arrollada o con una zapatilla. Nunca podían huir, porque siempre las reventaba; sin embargo lo lograban, de alguna forma se escapaban. Siempre encontraba alguna.

Buscó el libro en la biblioteca, y sopló el polvo del lomo. Sí, era ese. Salió hacia la terraza, apagando la luz y cerrando la puerta, pensando que seguramente saldrían nuevamente debajo de la cama o del gran ropero, y correrían a sus anchas, y seguirían poniendo los pequeños huevos con una costura al costado, entre las ropas o arriba del ropero, en el polvo, debajo de la alfombra.

Algún día las atraparía. Ya había probado con todos los sistemas. Con aerosoles “que duran más”, con la casita Yale, con las trampas nuevas “que duraban tres meses”... las hijas de puta seguían allí, comiendo no sabía qué; si polvo era lo único que había en esa pieza.

Las odiaba. Las odiaba y les tenía la guerra declarada. Pero ya hacía mucho que se había mudado a la planta baja, y la piecita de la terraza acumulaba tierra de días sobre la alfombra. No lograba que María, la señora que limpiaba los sábados, le diese una sacudida a la alfombra de ninguna manera. Apenas si lograba que limpiara la casa medianamente, y aún allí abajo seguía encontrando alguno de esos bichos corriendo por el comedor y lo reventaba, dejando la mancha hasta la mañana siguiente, como una especie de advertencia hacia sus compañeras.

Les había tomado más respeto desde que se quedó solo. Mientras su padre viviera, él habitaba en la terraza, y mal que mal pasaba a veces la aspiradora. Las malditas sabían entonces que estaba limpiando, y se escondían en sus agujeros. No les gustaba la luz, ni la limpieza, ni el olor a jabón; eso lo sabía bien.

Pero el tiempo pasó, y pasaron cosas, ahora estaba solo. Y si antes había tenido vagancia para ser ordenado y pulcro, ahora todo eso se había acentuado, ya no estaba su padre para reprochárselo. Así era que a veces encontraba alguna de esas bestias atrapada en la pileta de la cocina, resbalando por las paredes de acero inoxidable, o bien corriendo debajo del sillón del comedor. Las odiaba y sentía mucha

angustia antes de matarlas, pero un gran alivio al final cuando con la respiración agitada las tiraba en la basura, improvisando una palita con una hoja de papel.

Ya abajo en la casa, preparó la comida y miró la tele un rato, hasta que se dormía solo. Apagó el televisor, cerró la puerta y apagó todas las luces, menos la del baño. Se cepilló los dientes y se fue a acostar. Sobre la cama estaba el libro ¡Pero! ¿No lo había leído antes?. Lo tomó y lo hojeó rápidamente. Sí, ya lo había leído. Se sacó las zapatillas y las medias y calzó sus ojotas, estaba cansado pero iría arriba de nuevo.

Bostezando subió la escalera despacio, de a dos escalones. Cuando llegó a la terraza, vió que había una noche cerrada; eran como las dos, y todos sus vecinos dormían, tan sólo las luces de la calle y algún auto que pasaba brillaban en la oscuridad. Entró a la pieza y encendió la luz. Un escalofrío le recorrió la espalda. Y otra vez el asco. Allí, sobre el piso, una cucaracha enorme le miraba, moviendo nerviosamente las antenas.

Superando la aversión que sentía comenzó a quitarse lentamente una ojota para pegarle, y sonrió mientras la levantaba despacio sobre el cuerpo brillante ... y se quedó quieto. No podía moverse. Estaba viéndose a sí mismo. Un gigante, parado frente a él, en una perspectiva que le deformaba la cara y el cuerpo, como un monstruo. Y percibió el olor, el asqueroso olor de las ropas que llevaba, toda su piel exhudaba ese olor penetrante que llegaba como un cachetazo a su nariz.

La cucaracha lo miraba, en realidad eran dos o tres las que también lo vigilaban. Escondidas bajo la cama, asomando por arriba del ropero, caminando en una zona desgastada de la alfombra, dentro de una zapatilla olvidada, detrás del bidet del bañito, atrás de un cuadro; lo tenían rodeado.

Le obligaron a bajar la mano despacio, y le hicieron desvestirse. La luz le molestaba, así que la apagó, y se tendió sobre el suelo. ¡Qué placer!. Las cucarachas se acercaron y le tocaron la piel con sus antenas. Giró sobre sí dando la cara a la alfombra, y pasó lentamente la lengua sobre ella. El gusto del polvo tenía multitud de sabores nuevos y deliciosos .

Se metió debajo de la cama, junto con sus hermanas, luego de que lanzara afuera las trampas, que despedían un olor insoportable. En la oscuridad, estaba feliz. Pero sentía hambre, el polvo que comía no le bastaba. Su último pensamiento humano lo llenó de horror y gozo a la vez, pues recordó que mañana era día de limpieza.

Y vendría María.